

La agenda política de la izquierda ante la pandemia

La entrada de Brasil en una “segunda ola” de Covid-19 y la difusión de los resultados de los ensayos de vacunas más avanzados en sus desarrollos plantea la pregunta de cuál es la agenda alternativa de la izquierda para enfrentar la pandemia, que se intensifica a niveles sin precedentes por el mundo. Si bien algunos gobiernos prometen la vacuna para enero o incluso diciembre de este año, el grupo de especialistas del gobierno británico advirtió del riesgo de «tener una feliz Navidad y luego enterrar a sus amigos y familiares en enero y febrero»; el ministro de Economía alemán dijo que el país todavía tiene al menos cinco meses de restricciones.

Lo que indican los datos es que la pandemia está más fuerte que nunca: el día 25 de noviembre había casi 60 millones de casos oficiales en todo el planeta, con 1,4 millones de muertos – 258 mil en EEUU, 170 mil en Brasil y 134 mil en India, todos dirigidos por líderes de extrema derecha. En el período del 10 al 16 de noviembre se registraron, en promedio diario, más de 575 mil casos y 8.866 muertes. Además de las muertes, se suman las secuelas en millones de personas, a veces terriblemente discapacitantes. Cuando la pandemia empeora, los gobiernos tienen que recurrir, en algún nivel, a bloqueos, que afectan a países, regiones y ciudades, ramos económicos y sectores de la población de manera diferente. Pero al mismo tiempo, las vacunas comienzan a ser validadas por ensayos clínicos y se intensifica la disputa comercial y geopolítica por lo que está en juego, sin considerar los problemas de lo que seguramente será la campaña de salud más grande, concentrada y estratégica de la historia.

Un evento tan central requiere que pongamos en perspectiva ya no su origen – ya ubicado en la forma en que los sistemas alimentarios capitalistas se aprovechan de otras especies de

seres vivos, produciendo saltos virales entre especies – sino su dinámica y las disputas políticas que genera.

Las respuestas a la Covid-19: ¿cómo mantener el comercio abierto y no acumular muertos?

La pandemia de Covid-19, que afectó a China en enero, se extendió por todo el mundo un mes después y llegó a Brasil en marzo, por lo tanto hace solo ocho meses, catalizando una gran crisis en la sociedad moderna.

Pero el Covid-19 parece haberse convertido en objeto de un debate rutinario sobre la administración de una «apertura» gradual de la economía compatible con el mantenimiento de una «meseta» de casos hasta la llegada de la vacuna salvadora, lo que permitiría volver a la «normalidad». Esta banalización de la forma en que abordamos la pandemia es una derrota política para la izquierda. Las discusiones que ponen el tema en una perspectiva más amplia han sido reemplazadas gradualmente, en los gobiernos y en los medios de comunicación, por debates sobre cuánto se aplanaría la curva o cuál sería y cuándo llegaría la vacuna que salva vidas. Esto representó el encuadre del problema por las dos alternativas en disputa dentro del mundo empresarial.

Las dos políticas en disputa son: mantener intactos los negocios, lo que generaría puestos de trabajo y es necesario salvarlos para sacar a la economía capitalista de la recesión en la que se encuentra, sin importar el costo en vidas humanas; o priorizar la preservación de vidas, garantizando alguna asistencia médica, para viabilizar mejor los negocios en el mediano plazo. De hecho, en la mayoría de los casos, las dos políticas convergen en una, buscando combatir el cierre de las actividades económicas y estabilizar la crisis social mediante la «recuperación económica» manteniendo un nivel mínimo de distancia social, excepto en los casos en que nuevos «picos» exijan un lockdown para evitar que los cuerpos se amontonen.

El número de muertes en Brasil ha caído de más de mil por día de junio a agosto a alrededor de 400 por día en las últimas dos semanas, pero esto todavía equivale a una caída de dos “boings” por día, alcanzando particularmente a los más vulnerables. ¡Los 170.000 muertos que ya hemos registrado ya no parecen provocar indignación! Y ahora el número de casos y contagios está aumentando nuevamente y las muertes han aumentado a un promedio de 500 por día en la última semana. Se habla de la llegada de una “segunda ola” al país, como si la primera hubiera pasado.

En el contexto de esta banalización de la pandemia, incluso la izquierda antisistémica parece sujeta al estrechamiento del horizonte imaginativo a los marcos liberales y se ve afectada por el «estrés» del período de convivencia con Covid-19. Se acepta la hegemonía de la clase capitalista y sus dilemas, como si fueran los de toda la sociedad, como si el aislamiento o la “normalización de los negocios” fueran posibles para la mayoría de la población de un país como Brasil. Poco se debate, incluso con las oportunidades de discusión con toda la sociedad abiertas al proceso electoral, la pandemia que enmarca, sobredetermina y da sentido a toda la acción política hoy.

Esto no es solo una pandemia, sino una sindemia de una escala y manifestación sin precedentes en los tiempos modernos, en la que los problemas de salud y las estructuras de las desigualdades económicas, sociales y psicológicas interactúan y se agravan entre sí. Si las medidas para prevenir muertes y la rapidez con la que se desarrollan las vacunas apuntan a avances y soluciones modernas al problema de la pandemia, también evidencia los impasses de esta modernidad capitalista. Y además de su impacto directo, este proceso tiene que dar cuenta de innumerables víctimas de otras enfermedades que están siendo desatendidas; campañas de vacunación que no se están realizando; problemas de salud mental a gran escala; el aumento de la violencia doméstica contra mujeres y niños a

gran escala; pérdidas en la educación de cientos de millones de niños que no tienen acceso a la educación a distancia, etc. ¡La sindemia muestra un cortocircuito en la reproducción social!

La pandemia también ha catalizado y fortalece una vasta recomposición del capitalismo, con dimensiones que no solo son económicas, sino sociales, políticas y ambientales. Como dice Robert Boyer, “un tercio de la capacidad de producción ha demostrado no tener una utilidad social ‘indispensable’. Algunos sectores se ven afectados por un cambio estructural en los patrones de consumo (turismo, transporte, aeronáutica, publicidad, industria cultural, etc.) y por el colapso de las redes de subcontratación y la desaparición de varios puntos de la cadena de valor”. Bajo diferentes formas de gobernabilidad neoliberal, se consagra globalmente la transición de estructuras productivas fordistas y toyotistas a una economía de plataformas digitales que agrega muy poco valor, exige un nivel mínimo de calificación a la mayoría de quienes trabajan en ella y genera escasas ganancias de productividad, pero eso sigue transfiriendo enormes rentas al capital financiero.

La pandemia como portal

El Covid-19 galvanizó profundos procesos en curso en la sociedad, algunos con más vigor, otros con menos. Éstas incluyen:

– las debilidades de la globalización neoliberal, sus cadenas de producción global y su hipermovilidad con la popularización de la aviación comercial, en paralelo con la interdependencia ecológica de la humanidad y la necesidad de políticas globales para gestionarla;

– las transformaciones geopolíticas derivadas del desplazamiento del centro dinámico del capitalismo del Atlántico Norte al Este de Asia y el surgimiento de China como potencia capaz de disputar la hegemonía del sistema-mundo

capitalista con los Estados Unidos;

– las tendencias al estancamiento de la economía capitalista en su conjunto, vigentes desde la crisis de 2008, junto con la expansión de los grandes monopolios digitales, tanto norteamericanos como chinos, que se han convertido en el centro dinámico de acumulación mundial;

– la aceleración de la inseguridad laboral y la uberización y ahora también de la expansión del trabajo a distancia y la conectividad digital en escalas colosales;

– la crisis social ya latente en desigualdades galopantes, que ahora se intensifican con el desempleo entre los trabajadores menos calificados, y la búsqueda desesperada de mantener las precarias fuentes de ingresos populares y el acceso a los servicios fundamentales;

– la centralidad de la reproducción social sobre una producción cada vez más superflua, con la visibilidad de la opresión y el protagonismo de las mujeres y poblaciones racializadas, en un mundo simultáneamente de abundancia e injusticia;

– la centralidad del Estado y la gestión de lo común, en particular los sistemas de salud, la seguridad social y la garantía de ingresos frente a una sociedad de mercado cada vez más caótica;

– la creciente conciencia de la crisis ambiental, que ahora se refiere no solo al uso de combustibles fósiles y la necesidad de transición energética, sino también al sistema industrial alimentario, el origen de la crisis pandémica y el origen de la destrucción de los biomas estratégicos del planeta (como el Amazonia...) y consumo ligado a la hipermovilidad y la disponibilidad;

– la necesidad de garantizar la vida y las necesidades humanas fundamentales, dada la superficialidad del modo de vida

consumista y el ritmo inhumano que la competencia asociada a él impone a todos, un modo de vida ahora cuestionado por la parálisis de muchos sectores de la actividad comercial;

– una discusión sobre la reorganización de los territorios y, en particular, del espacio urbano y la organización de las ciudades – objeto, en los países centrales, de iniciativas dirigidas a reducir el caos sistémico (como los modos de transporte...);

– la constatación de la ausencia de un sistema multilateral de organizaciones internacionales que coordinen los problemas globales de manera más eficiente.

La pandemia puede ser el detonante de una amplia discusión de todos estos procesos, permitiendo discutir la organización de la sociedad capitalista contemporánea en su alcance. La metáfora presentada por Arundhati Roy, que coloca a la pandemia como una puerta de entrada a varios otros mundos, adquiere perfecto sentido.

A pesar de todo el encuadre y el acortamiento de la discusión sobre los marcos ideológicos hegemónicos, la pandemia ha impactado la estructura de valores y las cosmovisiones liberales. Conduce a cuestionar:

– el individualismo exacerbado y la revalorización de los diversos lazos, asociativos, familiares y comunitarios;

– la narrativa del mundo como un gran mercado autorregulado por seres humanos reducido a consumidores; y

– de una historia resuelta, cerrada a lo nuevo y lo impredecible.

Y la pandemia también llevó a otro nivel la percepción del lugar estratégico de la interseccionalidad y su agencia internacionalista que ya estaba en marcha en 2019 (luchas ecológicas, feministas, antirracismo, de los pueblos

indígenas), destacando su rol como garante de la vida democrática (de Chile a Polonia, de EE. UU. hasta la Amazonía).

¿Qué agenda política para la pandemia y la vacunación?

La respuesta a la pandemia hoy debe estar en el centro de cualquier política que desee cambios estructurales en el mundo. Pero esto requiere romper con la inercia del sentido común, es decir, su subordinación a los parámetros establecidos por la narrativa liberal, y hacer explícita una posición antisistémica.

El debate de personas como Bruno Latour, Naomi Klein, Mike Davis y Rob Wallace, solo por mencionar algunos de los nombres más conocidos, se ha ido vaciando en Brasil. A excepción de Maíra Matias y Raquel Torres, la izquierda aquí no está dando el protagonismo que requiere el tema, así como el tema relacionado de la emergencia climática. Esto debe revertirse rápidamente.

1. El punto de partida es destacar la razón de la existencia de la pandemia: el mundo globalizado de la hipermovilidad física, la estructura del sistema alimentario capitalista - especialmente en la ganadería- y la destrucción a un ritmo abrumador de los últimos biomas aún relativamente conservados. El salto viral entre especies y epidemias se ha ido intensificando en las últimas décadas y todo indica, manteniendo este sistema, que se seguirán produciendo nuevas pandemias. Este es un trabajo de educación política que toda izquierda debe realizar en su propaganda. En el caso de Brasil, esto significa presentar la agroindustria y la ganadería, el neoextractivismo y la globalización establecida como los grandes enemigos de toda la población brasileña, pilares que sostienen a la extrema derecha en estas tierras.

2. El tema inmediato que tenemos que garantizar es el funcionamiento y mejoramiento del sistema público de salud –

en Brasil, el gran logro que fue el SUS y que ha sido atacado por el fundamentalismo neoliberal, buscando privatizarlo. Significa también defender la ciencia, garantizar fondos públicos para el área de salud y defender a los trabajadores del sector frente al furor neoliberal de las políticas de contención del gasto.

3. Pero garantizar la vida de la población es también garantizar que cuente con las condiciones materiales para sobrevivir a la crisis social que crece, materializada en políticas públicas de protección y cuidado de todos. Esta es, sobre todo, la garantía de la renta universal de los ciudadanos, condición indispensable para que la vida de las masas sea menos precaria y un dispositivo central del sistema de seguridad social. Pero también la garantía de condiciones de trabajo y educación a distancia, incluido el equipamiento y la garantía de acceso de banda ancha en todo el sistema educativo público.

4. Necesitamos incidir fuertemente en las políticas de desarrollo, fabricación y uso de vacunas. Las potencias centrales buscaron privatizar y controlar su desarrollo, transformándolo en un peón del juego geopolítico y Brasil se subordinó a ello. Hay nuevas vacunas de ARN mensajero (Pfizer, Moderna...), que comienzan a mostrar un alto potencial de efectividad, pero también están las dos vacunas que se producirán en Brasil: la de Astrageneca-Oxford (en alianza con Fiocruz y el gobierno federal) y el de Sinovac (en sociedad con Butantã y el gobierno del estado de São Paulo). También hay una quinta vacuna que ya ha surgido como importante en el escenario mundial, Sputnik V, desarrollada por el Centro de Investigación Gamaleya en Rusia.

Pero, entre la etapa actual (las pruebas de la fase 3) y una vacunación masiva, todavía hay un camino muy complejo: algunas vacunas serán caras, hay enormes problemas logísticos y llevará tiempo vacunar a la población, particularmente en países que carecen de estructuras públicas: una cosa es

vacunar a mil millones de personas en los países ricos y otra es vacunar a 7.800 millones. Esto se puede cambiar por:

- actuación de Covax Facility, un consorcio internacional coordinado por la Organización Mundial de la Salud (OMS) en asociación con otras entidades, que promueve acuerdos multilaterales que aceleran la producción y distribución de una vacuna contra Covid-19;

- llegada de más alternativas al mercado de las vacunas, como elementos no solo de Big Pharma, sino también del juego geopolítico;

- acuerdos de solidaridad y cooperación internacional para financiar la que será, de lejos, la campaña de vacunación más grande e intensa de la historia; y finalmente por

- eventuales rupturas de patentes por países que pueden fabricarlas (improbable en el mapa actual de acuerdos de colaboración).

Finalmente, la estructura de distribución de vacunas plantea un enorme desafío logístico, ya que requiere unidades de ultrarrefrigeración. Brasil incluso tiene potencialmente mejores condiciones que la mayoría de los países para responder a esto, debido a la existencia del SUS e instituciones como Fiocruz y Butantã, pero esto requerirá mucha política pública. ¡La disputa sobre el tema ha sido, hasta ahora, entre Bolsonaro y Dória!

5. Es necesario romper la dicotomía entre normalidad y aislamiento social. Ninguna sociedad, cualquiera que sea su forma social, puede quedar paralizada indefinidamente durante meses y años. La pandemia cuestiona precisamente la estructura establecida de necesidades y prioridades, rompiendo con el sentido común liberal, que la gente debe gestionar. No, la gente no tiene por qué arreglárselas; es la sociedad la que debe auto-organizarse colectivamente para satisfacer las necesidades fundamentales de todos. Un gran número de

actividades rutinarias pero no esenciales, que involucran la reunión de personas, deben ser prohibidas indefinidamente, pero debe garantizarse un ingreso digno para toda la población. Nuestra vida es una auto-organización comunitaria y no individual en la competencia de todos contra todos, y el Estado es el garante democrático de esto, redistribuyendo ingresos y recursos e interviniendo en las estructuras de necesidades creadas artificialmente por el mercado. ¡Esta es la batalla ideológica fundamental que todo líder de izquierda debe enfrentar!

6. Es necesario comprender que la distancia social es diferente al aislamiento social, que debe restringirse a sectores de la población en extrema vulnerabilidad y apoyarse en políticas públicas. Cuando comenzó la pandemia y se promulgaron los encierros, la izquierda confundió a los dos y no salió a movilizar a la población con empleos informales, que no podrían permanecer en un encierro por mucho tiempo sin el apoyo de las políticas públicas. Pero la lucha del Black Live Matter en Estados Unidos demostró que esta movilización callejera es el elemento fundamental para cambiar la correlación de fuerzas. Aquí fue solo la elección municipal la que obligó a la izquierda a afrontar este tema – salir a la calle a disputar un voto! La lección necesita ser asimilada: el cuidado, en la mayoría de los casos, es distanciamiento social y cambio de comportamiento y prácticas, posible en los sectores más conscientes de la población. Pero hay que presionar a las autoridades públicas para que sensibilicen y prioricen, ante todo, la defensa de la vida.

La pandemia sigue siendo, para la izquierda, la gran oportunidad para romper con la inercia del sentido común liberal, que naturaliza la vida mercantil. Esta puerta está abierta, pero no permanecerá así por mucho tiempo!